

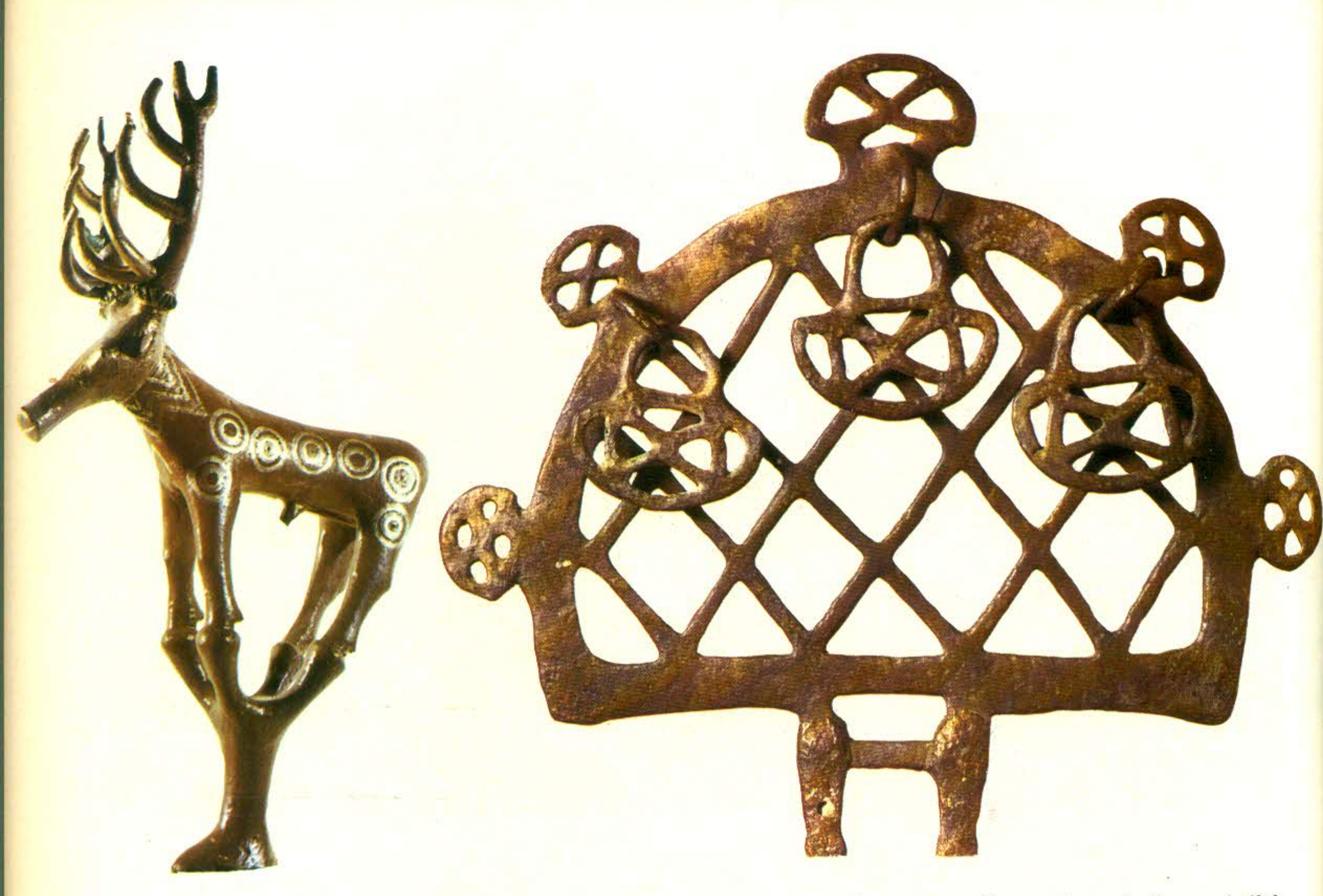
Pilastras que formaban la puerta de las Esfinges de la ciudad de Alaca-Hüyük, al este de la capital, Hattusa. Las estatuas-columna y las bases del edificio en forma de animales portantes son características de la arquitectura hitita que ha llegado hasta nosotros.

Grandeza y decadencia de los hititas

En los capítulos anteriores hemos mencionado a menudo a los hititas como un pueblo belicoso, que disputaba a Egipto y a Asiria el imperio de Asia. Hemos visto a Ramsés II, en la batalla de Kadesh, luchar contra una confederación de pueblos organizada por los hititas, y el lector recordará que la campaña terminaba con un tratado de paz y casándose la hija del rey de los hititas con el faraón. El rey de los hititas en persona acompañó a su hija a Egipto para entregarla a Ramsés II, y de este hecho deducimos una impresión de respeto a la dignidad de la princesa hitita que no es común entre los pueblos antiguos. ¿Quién era esta mujer, por la cual un monarca oriental se decidía a emprender un viaje que duraba meses y otro monarca la recibía con pompa inusitada?

Más tarde, al hablar de la ocupación de la Palestina por los hebreos, hemos hecho notar la presencia de grupos hititas esparcidos por el país de Canaán. Jerusalén probablemente era una colonia hitita, igual que Hebrón. Se ve, pues, que los hititas no sólo defienden su territorio, sino que emigran y se establecen en tierras vecinas.

Más tarde aún, cuando, descartado Egipto, Asiria vuelve a luchar por la supremacía de Asia, los hititas organizan contra Nínive



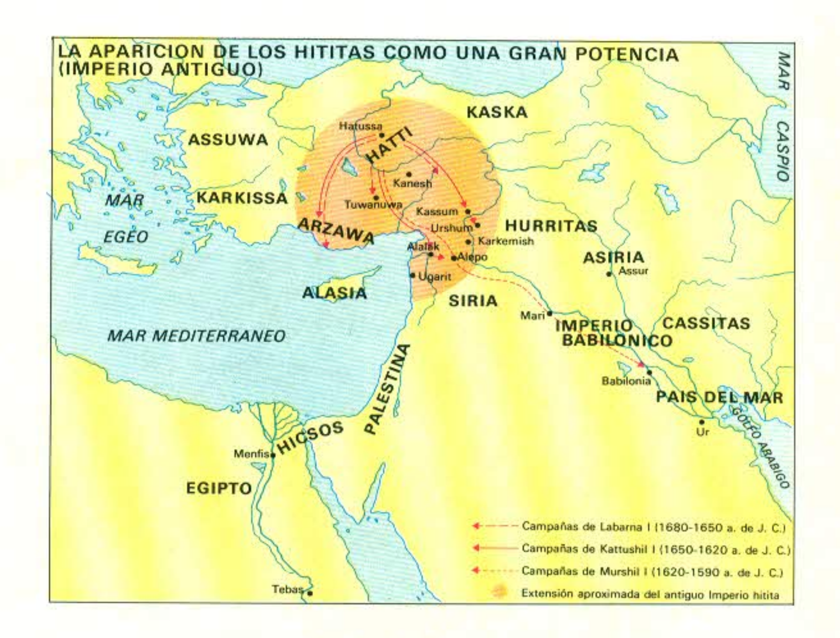
Bronces de finales del III milenio a. de J. C. usados a modo de emblemas o estandartes para colocar en la punta de un mástil de batalla (Museo Arqueológico, Ankara). Ambos han sido hallados en Alaca-Hüyuk y, aunque desconocemos la significación de la figura semicircular, sabemos que el culto al ciervo ha sido siempre común a todos los pueblos de las estepas. Por su antigüedad, estas piezas son muestras del arte que se desarrolló en Anatolia antes del establecimiento de los hititas.

varias de aquellas aglomeraciones de ejércitos que hubo de aniquilar tan a menudo el terror asirio. Recuérdese que Salmanasar III, a mediados del siglo IX a. de J. C., se alababa de haber destrozado una coalición de pueblos de la Siria y del Asia Menor en Karkar y de cobrar tributos de los reyes de Karkemish, Kunuch, Alepo y otros nombres, todos hititas.

Los hititas están representados en las grandes escenas de los relieves históricos asirios, y en los templos construidos por Ramsés II no faltan las glorificaciones del faraón en el acto de realizar insignes proezas, como la de vencer a los hititas en la batalla de Kadesh. Allí algunos de los hititas son de frente achatada, ojos oblicuos y el cabello trenzado sobre la espalda, y parecen de tipo mongol o turanio; otros tienen facciones regulares, como los nórdicos arios, y muchos son de cráneo esférico, como los semitas babilonios. Debían de ser, pues, de raza algo mezclada, como los turcos modernos, que hoy ocupan los países que en la antigüedad habitaron los hititas: el Asia Menor y parte de Siria. Los egipcios les llamaban *khetta,* y parece distinguieron entre ellos un grupo que ocupaba el Asia Menor y otro la Siria. Las crónicas asirias los mencionan a cada momento, llamándoles *khatti.* La Biblia, en el *Génesis,* les llama "los hijos de Heth", o solamente heteos o hititas, pero, en cambio, los griegos olvidaron incluso el nombre de los hititas y ésta es la causa de que se desconociera la existencia de este gran pueblo. La historia de la antigüedad hasta hace poco se fundaba únicamente en los escritores griegos y romanos, los cuales no dedicaban ni una palabra a los hititas. Las referencias de la Biblia a los hititas se consideraban como alusiones a tribus locales de Palestina; nadie podía figurarse que los destacamentos hititas

que ocupaban lugares fuertes en el país de Canaán eran las avanzadas de una gran nación establecida más al Norte.

Así es que la mera existencia de los imperios hititas, sus esfuerzos militares, su historia y su descomposición final han tenido que ser referidos punto por punto por los monumentos. La tradición los había olvidado completamente. Este pueblo, que en su tiempo figuraba entre los más grandes del mundo, casi al mismo nivel que Egipto y Asiria, se había desvanecido sin dejar otro rastro que un nombre oscuro en los libros de la Biblia. La pérdida del recuerdo de toda una nación, que en su tiempo estuvo en contacto con las más grandes del mundo, es una severa lección de la Historia. Todavía hoy, a pesar de lo mucho que hemos averiguado en los últimos tiempos sobre el pasado de los hititas, nos parece este pueblo como uno de aquellos fósiles restaurados difícilmente, de aquellos monstruos fracasados que hubimos de reproducir en las primeras páginas de este libro. Despierta curiosidad, hasta simpatía, por su trágico destino. No es, pues, de extrañar que cuando se empezó a conocer algo de los hititas, la imaginación de algunos exaltados intelectuales se desbordara, creyendo reconocer las pisadas de estos hombres en los más lejanos rincones de la tierra. Hubo quien los identificó con los pelasgos y de estos heteos-pelasgos hizo descender a fenicios, etruscos e iberos y hasta a los irlandeses, que pasarían por todo con tal de no ser anglosajones. Otros, más disparatados todavía, publicaron libros para probar que los japoneses y los indios americanos eran emigrantes hititas que habían salido de Asia cuando la ruina de su imperio.



El concepto que tenemos hoy de los hititas ha cambiado mucho. Los conocemos mejor y no podemos, por consiguiente, atribuirles tantas conquistas. Su área de expansión queda ahora bien deslindada; ya no forman un "superpueblo" que, poseyendo el don de la ubicuidad, participara de un modo misterioso en todos los fenómenos más o menos oscuros de la historia de los pueblos de la antigüedad. Su centro principal y más antiguo estaba en el Asia Menor, en su parte central, aunque llegaron hasta la costa y desde ella se extendieron hacia el Sur. Forman, pues, un puente entre Asia y Europa, interceptando sobre todo las vías de comunicación que desde los tiempos más remotos atravesaban el Asia Menor.

Los hititas llegarían al Asia Menor probablemente por el Cáucaso. En los relieves se los representa a menudo calzados con grandes botas de punta doblada para proteger el dedo mayor, como las usan aún muchos pueblos montañeses. Son como los mocasines o botas de nieve de los indios americanos. Los actuales habitantes de su país y aun los campesinos griegos llevan un calzado que denota su origen de un lugar montañoso, que para los hititas no puede ser otro que el Cáucaso.



Jarro de terracota de la segunda mitad del III milenio a. de J. C. procedente de las excavaciones de Karaoglán (Museo del Petit Palais, París). Los objetos hallados en el lugar del posterior emplazamiento hitita han sido clasificados como muestras del arte prehitita.

CRONOLOGIA DEL IMPERIO ANTIGUO HITITA HASTA 1500 A. DE J. C.

TABLA CRONOLOGICA	PENINSULA ANATOLICA — Centro: río Halys.	PENINSULA ANATOLICA — Periferia: rebordes litorales.	SIRIA SEPTENTRIONAL ALTO EUFRATES	MESOPOTAMIA
	No han sido emprendidas todavía de modo sistemático investigaciones arqueológicas con la finalidad de hallar restos prehistóricos en Asia Menor: hallazgos paleolíticos aislados.			
	Hacia el 6000, Hacilar, civilización urbana con cerámica bajo influencia de Jericó. Posteriormente, influencia de la cultura mesopotámica de Djemdet Nasr.			
2600	Culturas urbanas de base agrícola; uso de los metales; población pre-hitita.	Epoca de Troya I.		
2500	Tumbas reales de Alaça-Hogük.			
2200	Progresiva penetración de los indo-europeos.	Colonias asirias en Capadocia.		
2000	Las tribus indoeuropeas se crean en la península pequeños reinos independientes gobernados por príncipes. Uno de los soberanos de estos estados lleva el nombre de Gran Príncipe, título que sucesivamente es atribuido a monarcas de diversas ciudades.	Escritura cuneiforme.		
1850	Anum-Khirbi de Mama.			
1800	Anitta, rey de Kussara y Gran Príncipe, establece su dominio en el centró de la meseta anatólica y se convierte en figura legendaria con fama de conquistador.			
	Conocemos sólo algunos nombres reales: Tudkhaliya I y Pu-Sarruma.			
1680	Labarna I, de Kussara, preside una época de armonía interna y extiende su poder por la zona central de Anatolia. Su nombre será el equivalente hitita del "césar" romano.	Conquista de Anatolia meridional: reino de Arzawa.		
1650	Kattusil I traslada la capital a Katussa; rechaza en los confines meridionales una invasión hurrita; combate contra Arzawa. Grave crisis interna en los últimos años de su reinado.		Expediciones victoriosas contra los estados de Alalak, Urshum, Kashum y Kakhum, vasallos del reino de Alepo (Yamkhad); el enemigo real de Hatti en Siria.	
1620	Mursil I. Epoca expansiva. Grave crisis en los años finales del reinado: el monarca es asesinado.		Conquista de Alepo y establecimiento del poder hitita en Siria septentrional.	Expedición de saqueo a Babilonia, probablemente como aliado de los hurritas.
1590				
1560	Kantil I: guerra general; el país debe ser fortificado.			Retirada de Babilonia: lucha contra los hurritas.
	Amuna: rebelión de Adana y Arzawa.		Los territorios sirios al sur del Tauro se pierden.	
1525	Telepinu; edicto de sucesión al trono.			
1500	Alluwanna, Kantil II, Zidanta II y Kuzziya II; anarquía interna. Los hititas son reducidos al núcleo de Anatolia central; independencia de Kizzuwatna y Arzawa.			

Debieron de llegar en bandadas, y así descendieron por las puertas de Cilicia a las llanuras de Siria, fundando algunas ciudades en la ribera del Eufrates, como Alepo y Karkemish. Otros, más atrevidos, se establecieron en Palestina y hasta un contingente muy numeroso invadió la Mesopotamia, conquistando Babilonia. Una crónica del tiempo de Hammurabi dice lacónicamente que "los hombres de la tierra de los Khatti marcharon contra la tierra de Akkad", y ya hemos dicho que Akkad es el nombre sumerio de Babilonia. Esto debió de suceder antes del año 2000. Pero no permanecieron en Babilonia "la Grande" mucho tiempo; debieron de saquear la ciudad y escapar en seguida con su botín, al comprender que no eran capaces ni dignos de conservarla. Siglos más tarde, en 1650 a. de J. C., un rey de Babilonia envió una embajada al país de los hititas para pedirles que devolvieran la estatua de Belo o Marduk que se habían llevado sus antepasados como botín de guerra.

Las bandas de los hititas debieron de instalarse finalmente de un modo sedentario, aunque conservando cierta organización feudal. En los tiempos de sus contiendas con Egipto, esto es, hacia el año 1400 a. de J. C., parece como si el poder fuera a centralizarse en el "Gran Rey" de los hititas, que tenía su capital en Hatussa, la actual Bogazköy. Las ruinas de esta población están en el centro de la altiplanicie del Asia Menor y han sido exploradas concienzudamente por los alemanes. Poco se encontró allí de los templos y palacios, pero, en cambio, se descubrieron abundantes documentos históricos. El archivo del gran rey de los hititas estaba formado por unas veinte mil tabletas, todas con inscripciones cuneiformes y algunas escritas en asirio, que era la lengua internacional del Oriente. Otras lo están ya en la lengua de los hititas, que actualmente no ofrece dificultades. Pero, como hemos dicho, tanto los documentos en asirio como los escritos en la lengua de los hititas de Hatussa estaban transcritos en escritura cuneiforme: los peculiares jeroglíficos hititas, de que hablaremos más adelante, no están representados en Bogazköy. Las veinte mil ta-



Estatuilla prehitita procedente de las excavaciones efectuadas en Bogazköy (Museo del Monasterio de Montserrat, Barcelona).

Figurita femenina de mármol, sumamente estilizada, que pertenece al arte prehitita del III milenio a. de J. C. (Museo del Petit Palais, París). Procede de las excavaciones de Beycesultan, donde se han encontrado, sobre todo, restos del Imperio Nuevo hitita.

LOS HITITAS: UN ESTADO DE ORGANIZACION MODERNA

La existencia del Imperio hitita fue conocida desde antiguo por algunas alusiones de textos bíblicos y por numerosos relieves egipcios que hacían referencia a él. Pero el conocimiento ordenado de su historia data de fechas muy recientes. En 1907 un grupo de arqueólogos europeos descubrió, cerca del poblado turco de Bogazköy, la ciudad de Hattusa, capital del antiguo Imperio hitita. Entre sus ruinas se hallaron montones de tablillas de madera, verdaderos y originales documentos de la historia del país. Pero el mal estado de la madera no permitía leer aquellos textos tan valiosos, por lo que hubo que contentarse con descifrar el material de biblioteca escrito sobre tablillas de arcilla, más resistentes al paso del tiempo, que contenían textos jurídicos, religiosos e históricos. Aunque estos documentos son probablemente menos espontáneos y más oficiales que los que originariamente hubo en las tablillas de madera, bastan para conocer la historia de este pueblo que, por la claridad y objetividad de sus informaciones, tiene ganado el calificativo de moderno.

Hasta los hititas, todos los textos históricos que conocemos de los otros imperios se reducen a listas de reyes y de los hechos principales que llevaron a cabo. Los hititas nos han dejado datos suficientes para hacer una verdadera historia, en el sentido más actual de la expresión, pues la relación de cada hecho guerrero, de cada tratado y de cada decisión real va precedida de un nexo que establece la relación con el pasado y seguida de un comentario que pretende adivinar las posibles consecuencias.

En base a esta documentación de primera mano, no es difícil bosquejar las líneas principales del devenir histórico hitita. La cronología de reyes y acontecimientos difiere ligeramente de unos especialistas a otros, pero en el peor de los casos las diferencias son sólo de algunas decenas de años.

Hattusa, la capital del reino hitita, fue fundada a mediados del siglo XVII a. de Jesucristo por el primer soberano de que tenemos clara noticia, Hattusil I. Su reinado fue de luchas continuas para conservar su autonomía frente a los pueblos bárbaros que le rodeaban, sobre todo los hurritas, establecidos en el norte de Siria, y los gasgas, que habitaban en las impenetrables montañas al sur del mar Negro. Unos y otros llegaron en sus correrías hasta la capital, que fue destruida y cada vez reconstruida de nuevo. La actividad guerrera de este primer rey la continuó su sucesor, Mursil I, que destruyó la ciudad de Alepo y llegó hasta Babilonia, reino que sufrió la desorganización a causa de esta injerencia extranjera. La excesiva actividad y la falta de estructuración interior fueron la ruina de este primer Imperio hitita.

A fines del siglo XVI a. de J. C., profundas disensiones en el seno de la familia real provocaron su hundimiento. Los esfuerzos de Telipunus, que reinó de 1525 a 1500 a. de J. C., por restaurarlo fueron ineficaces. Tampoco hay que olvidar, si se quiere hallar la razón de estos años de silencio del reino hitita, que el siglo XV antes de J. C. vio la supremacía de los hurritas de Mitanni y la formación del Imperio Nuevo egipcio. A pesar de ello, la prepotencia de los mitanni y egipcios no apagó el espíritu de los hititas. En la inactividad política, éstos supieron fraguar su futura ascensión como potencia oriental con la creación de las instituciones que les iban a permitir la resurrección a una nueva vida. En estos año se compiló el Código Hitita, que ha llegado a nosotros como su principal monumento legislativo y uno de los más importantes de la antigüedad.

Hacia 1380 a. de J. C., Supiluliuma fundó el Imperio Nuevo hitita, basado en una perfecta organización militar. Al principio de su reinado organizó una campaña militar al país de Damasco y sometió a su soberanía a la mayoría de los pequeños reinos sirios. El sistema de lucha que inauguró Supiluliuma estaba basado en la novedad de los carros de guerra, desconocidos hasta entonces, y en la peculiar estrategia de los ataques por sorpresa, que cogían indefensos a los enemigos, habituados a encuentros previsibles. Gracias a ello pudo, en una campaña posterior, someter por completo a toda Siria.

Otra novedad de su manera de hacer la guerra fue la técnica del asedio. La próspera ciudad de Karkemish no pudo resistir el sitio más de ocho días, tras lo cual el rey de Amurru se reconoció vasallo de los hititas. Con esto, se rompió el equilibrio militar de los pequeños reinos de Oriente y el reino hitita destacó entre todos, poniéndose a la altura militar de Egipto y Babilonia. Tanto fue su prestigio que la propia reina de Egipto, quizá la viuda de Tutankhamón, se rebajó a pedir a Supiluliuma que uno de sus hijos se casara con ella. Pero los generales de la corte faraónica malograron la realización de esta unión, que pudo haber formado un gran imperio en Oriente.

Los sucesores de Supiluliuma mantuvieron la grandeza de sus dominios a fuerza de luchas continuas contra los pueblos vecinos y especialmente contra Egipto, que vivía la época de auge de la XIX dinastía. Así, Mursil II, que comenzó a reinar a mediados del siglo XIV a. de J. C., luchó todo su reinado contra los gasgas y sometió parte de la región de Anatolia. Su sucesor, Muvatalla, sufrió la invasión de los gasgas en territorio hitita, ya que todo el esfuerzo de su ejército estaba concentrado contra los egipcios del faraón Ramsés II, a quienes ganó la batalla de Kadesh a principios del siglo XIII a. de J. C.

A la muerte de Muvatalla comenzó un período de crisis en el Imperio hitita. El trono, que correspondía legalmente a su hijo, fue usurpado por el tío del heredero, un hermano de Supiluliuma, llamado Hattusil III, que reinó con suerte favorable y llevó el Imperio a uno de los períodos de mayor apogeo. Firmó un tratado equilibrado con Egipto y hubo de hacer frente a los ataques de Salmanasar I de Asiria. Por este mismo tiempo, mediados del siglo XIII a. de J. C., Moisés estaba intentando el establecimiento en Palestina del pueblo hebreo. Al fin de aquel siglo, unos pueblos indoeuropeos, a quienes los egipcios llamaron "pueblos del mar", invadieron gran parte del Oriente próximo. Los pequeños reinos desaparecieron; los grandes imperios resistieron su empuje y subsistieron, a excepción del Imperio hitita, que pagó su cansancio con la desaparición.

V. G.

bletas recobradas hasta ahora no abarcan más que una serie de cinco reinados. Por fortuna, éstos son los del apogeo del poder de los hititas y algunos resultan contemporáneos de los documentos egipcios que hablan de las campañas de Ramsés II. Incluso entre las tabletas de Hatussa aparecieron fragmentos de la copia hitita del famoso tratado de paz con el faraón, facilitando así una interesantísima comprobación de la exactitud de las versiones egipcias grabadas en los muros de sus templos. Cuando los documentos hititas están escritos en dialecto babilónico, no pueden calificarse como modelos de lenguaje pulcro. Parece como si los secretarios del rey de los hititas hubieran tenido más relaciones con los comerciantes de la Mesopotamia que con los escribas ver-

sados en las viejas literaturas del llano del Eufrates. La colección del archivo real hitita empieza hacia el año 1350 a. de J. C., cuando sube al trono un tal Mursil, nombre que en los jeroglíficos egipcios, que también lo mencionan, está escrito *Mrsr.* No sabemos cuándo murió éste, pero no debió de ser antes del año 1330 a. de J. C. Le sucede su hijo Mutallú, quien empieza su reinado guerreando con Sethi I de Egipto en las llanuras de Siria, y es el mismo que combate con Ramsés II en la batalla de Kadesh. De los documentos hititas resulta claro que, a consecuencia de la derrota de Kadesh, el gran rey de los hititas fue destronado y sustituido por su hermano Hattusil; éste es el que va a Egipto con su hija para casarla con el faraón Ramsés II. El reinado de Hattusil fue largo; al morir le sucedió su hijo y a éste su nieto. De manera que tenemos cinco reinados hititas bien documentados; pero en este punto cesan de informarnos los archivos de Hatussa. Hasta es posible que la capital pasara a ocupar un lugar secundario, llevándose la dirección de los negocios políticos a Karkemish.

El nombre de Karkemish resuena en la Biblia y aparece a menudo en las inscripciones de Asia; Egipto habla de Karkemish, y persiste todavía un eco de su fama en los escritores griegos. La importancia de Karkemish derivaba de estar defendiendo uno de los tres vados del Eufrates en la Siria, el vado más central y estratégico, por donde pasaba la ruta comercial preferida para trasladarse a Nínive desde la costa del Mediterráneo. Mientras el lugar de Hatussa, llamada modernamente Bogazköy, en la alta meseta de Armenia, fue la capital de los hititas del Norte en el Asia Menor, Karkemish, más al Sur, resultó capital de los hititas de Siria. La exacta ubicación de Karkemish, señalada desde mediados del siglo pasado, sólo hace unos lustros que fue explorada por una comisión arqueológica. El cónsul inglés de Alepo, Mr. Henderson, presintiendo que las ruinas de Karkemish debían de hallarse debajo del Eufrates, compró todo el espacio que había ocupado la ciudad y empezó las







Dos vasos zoomorfos prehititas empleados en el rito de las libaciones (Museo de Ankara), y un detalle de la cabeza de otro (Museo del Petit Palais, París). Los tres son del siglo XIX a. de J. C., cuando Anatolia estaba dividida en pequeños principados y los hititas no existían aún como pueblo histórico.

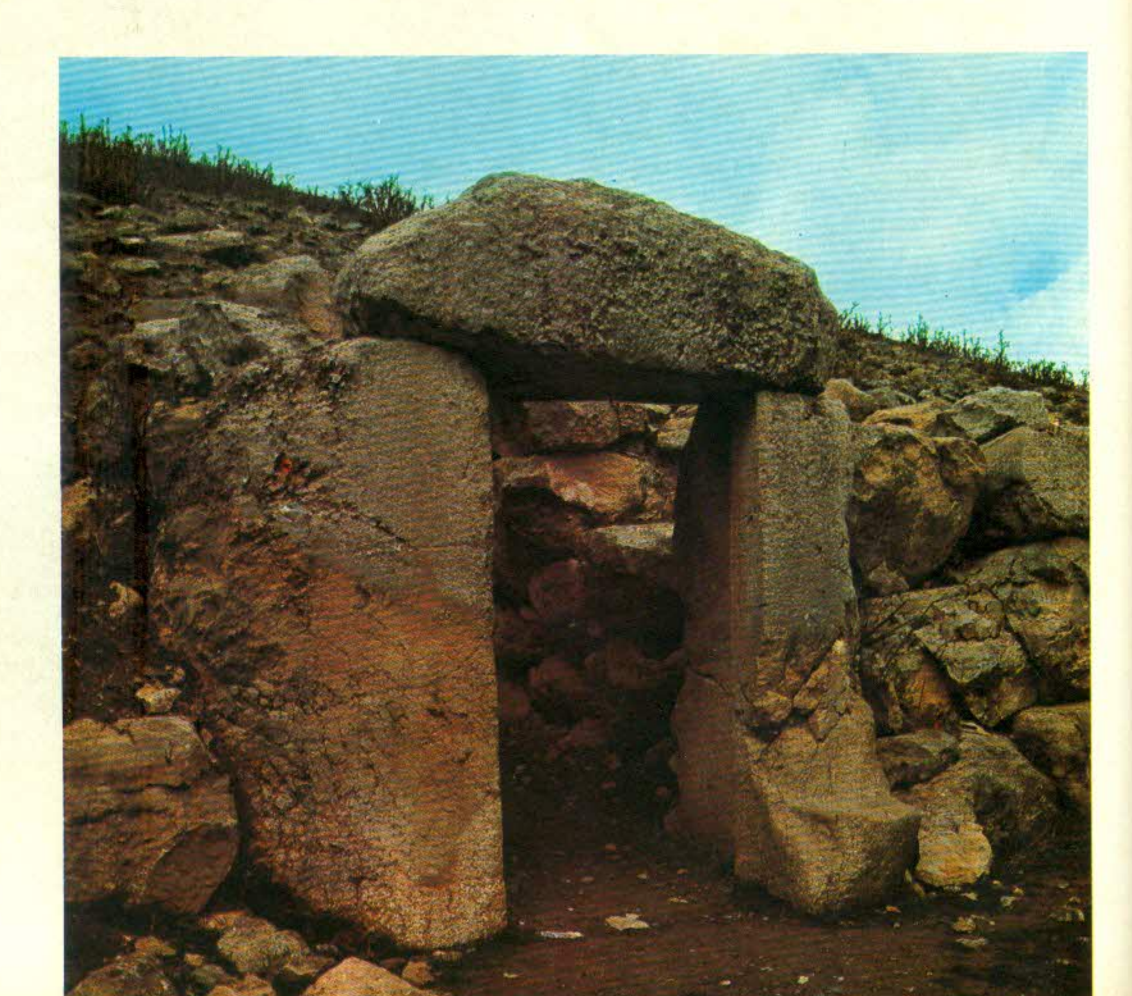


excavaciones. El lector quedará maravillado cuando sepa que todo el dinero que pagó Mr. Henderson por el terreno que ocupara Karkemish sirvióle a su antiguo propietario para comprar una vaca. ¡Una vaca a cambio de la capital de un reino!

Karkemish está representada en los relieves asirios rodeada por dos lados por el Eufrates; Tutmosis III luchó a la sombra de sus murallas, y los mejores soldados de su guardia, en su empeño por asaltarla, perecieron ahogados en el río. Teglatfalasar se contentó con amenazarla desde la otra orilla del Eufrates; la atacaron Asurnasirpal y Salmanasar, pero sólo Sargón pudo jactarse de haberla doblegado bajo el yugo asirio. El comercio de Karkemish había llegado a imponer sus pesas y medidas a toda el Asia... Y ahora, lo que quedaba de la gran ciudad era vendido por el precio de una vaca.

No hubo la fortuna de hallarse en Karkemish un archivo como el de Bogazköy. Su historia, por consiguiente, es muy oscura. En el tratado de paz entre el rey de los hititas y Ramsés II, después de la batalla de Kadesh, se menciona a Alepo entre las ciudades de los hititas, pero no se cita a Karkemish. Esto podría hacer pensar que Karkemish, en un principio, no había formado parte de la confederación de los hititas, pero Alepo, en el llano del Eufrates, no tiene más derechos para ello que Karkemish. Las excavaciones

Fragmento de una tablilla del siglo XVIII a. de J. C., que representa una diosa hitita (Museo del Petit Palais, París). Los "mil dioses" de la religión hitita protegían a los hombres a la manera del señor respecto al vasallo. De aquí la dependencia material de los guerreros y su continua demanda de ayuda a la divinidad.



Puerta de entrada al santuario de Yasili-Kaya. A pocos kilómetros de Bogazköy fue construido este santuario a cielo abierto, formado por un pequeño circo rocoso. En las paredes hay bajos relieves rupestres, donde se representan los dioses y algunos momentos importantes de la historia hitita.

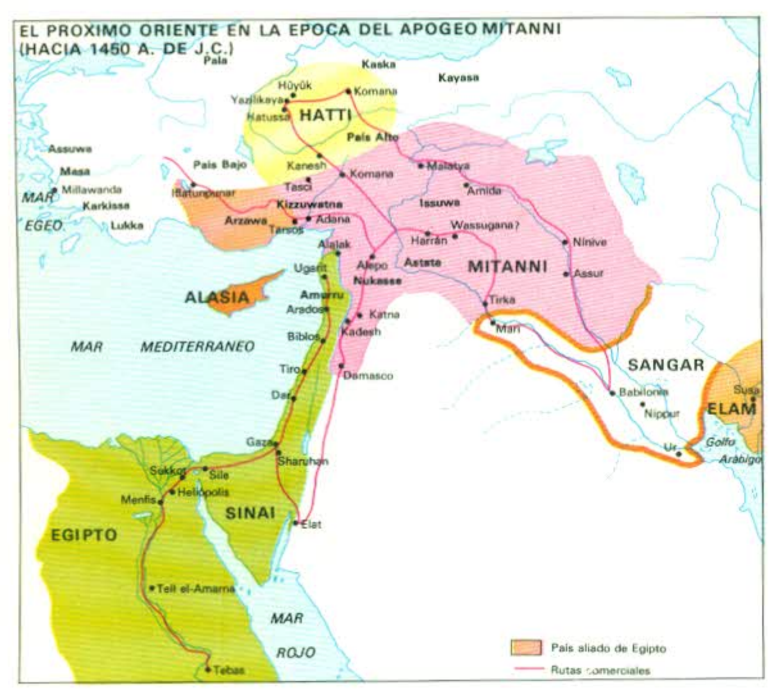


Excavaciones realizadas en la ciudad hitita de Kanish, cerca del actual poblado turco de Kultepe.

practicadas por cuenta del Museo Británico y dirigidas por Hogarth pusieron al descubierto los basamentos de varios grandes edificios, uno de los cuales debía de ser el palacio real. Los muros estaban defendidos por torres y todo el recinto decorado con hileras de soldados, procesiones de sacerdotes y eunucos. Un friso de basamento representa al monarca apoyado en su ministro en el acto de pronunciar un discurso, acaso promulgando una ley, que está escrita en jeroglíficos hititas delante de los dos personajes. Dispuestos detrás de ellos, nueve príncipes del harén real, de diferentes edades, están jugando a los dados o se entretienen con sus animales favoritos.

Ya hemos dicho que mientras en el Norte los hititas usaban para su idioma nacional y para los documentos diplomáticos escritos en pobre babilónico los signos cuneiformes, en el Sur los relieves hititas que se han hallado tienen jeroglíficos cuya lectura no ha sido descifrada hasta los últimos años. Si los hititas del Sur hablaban la misma lengua que los hititas del Norte, empleaban por lo menos otro tipo de escritura. Actualmente se reconoce que en los jeroglíficos hititas hay caracteres para expresar ideas, como rey, ciudad, dios, y signos para los sonidos simples, como puros signos alfabéticos. Los jeroglíficos hititas son conocidos desde mediados del siglo pasado; empezaron a llamar la atención los grabados en relieve sobre un león de piedra encontrado en Marash, cerca de Karkemish. El primero que logró identificar esta escritura como la de los hititas del

Vaso hitita en forma de toro, animal estrechamente relacionado en todas las representaciones con el dios Teshub (Museo del Louvre, París). La cerámica del Próximo Oriente es muy difícil de clasificar por ser producto de la diversidad de pueblos que allí se cruzaron.



Sur fue Sayce, quien también observó que las inscripciones empezaban siempre donde hay una figura de hombre con un dedo en la boca, y seguían de derecha a izquierda, para continuar en la línea siguiente de izquierda a derecha, y así sucesivamente, como los surcos del arado en el campo. Sayce observó también la repetición de algunos signos para fijar el plural y los casos.

B. Hrozny, profesor de la universidad de Praga, dio en el año 1913 el gran paso hacia la gramática de los hititas al descubrir que algunos nombres eran de carácter indoeuropeo. Así *vadar,* que en hitita significa agua, es *water* en alemán antiguo; el *uga* hitita es análogo al *ego; kuis* al *quis,* y otras semblanzas parecidas. Ya por este camino, Hrozny consiguió poder leer los documentos de lengua hitita escritos en cuneiforme. Pero quedaban aún por descifrar los textos escritos en jeroglíficos.

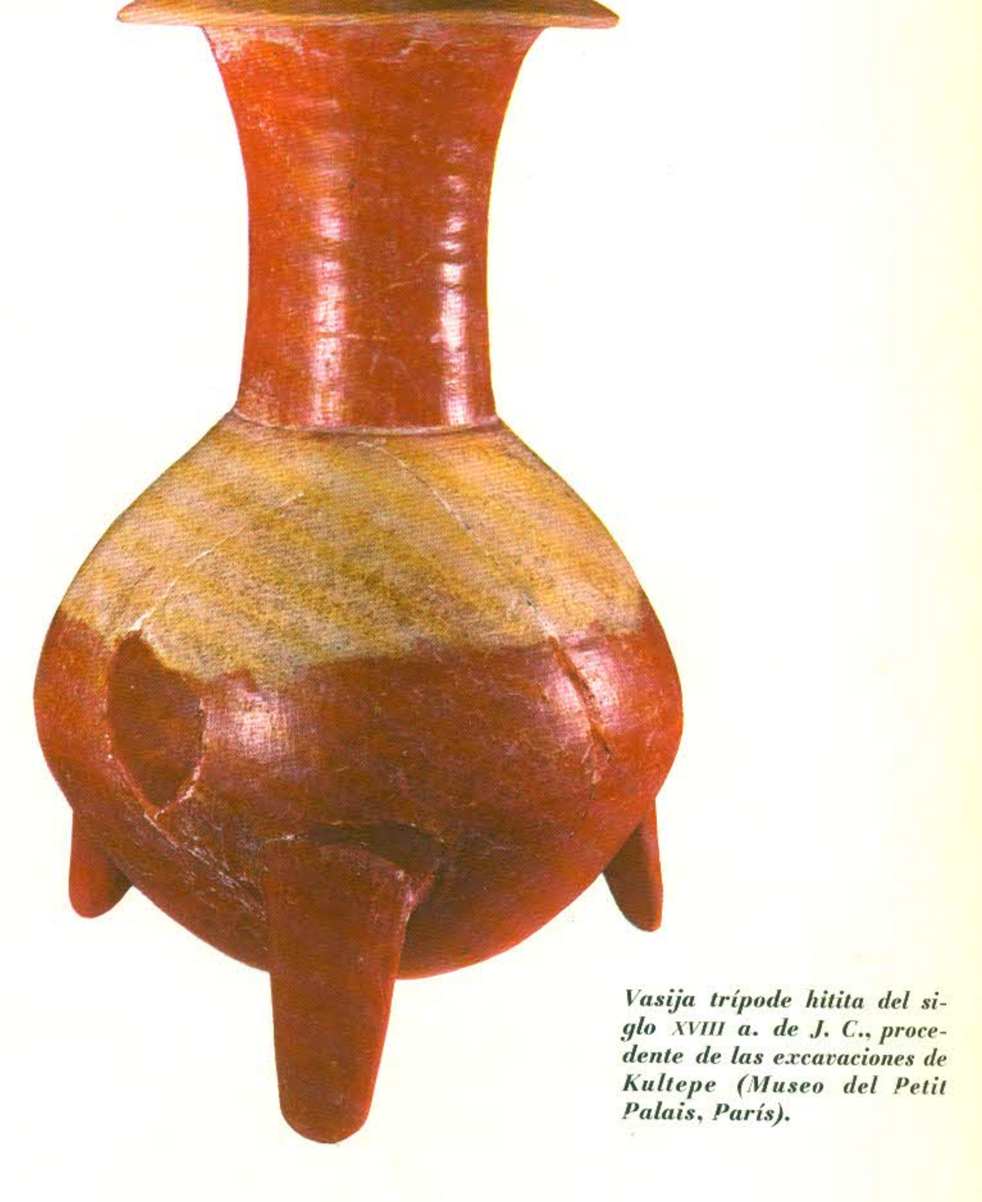
La dificultad mayor provenía de la falta de una buena inscripción bilingüe. La única que se conoce de esta clase está en un sello de un monarca llamado Tarkudemmo, que tiene escrita en caracteres cuneiformes y jeroglíficos hititas esta leyenda:



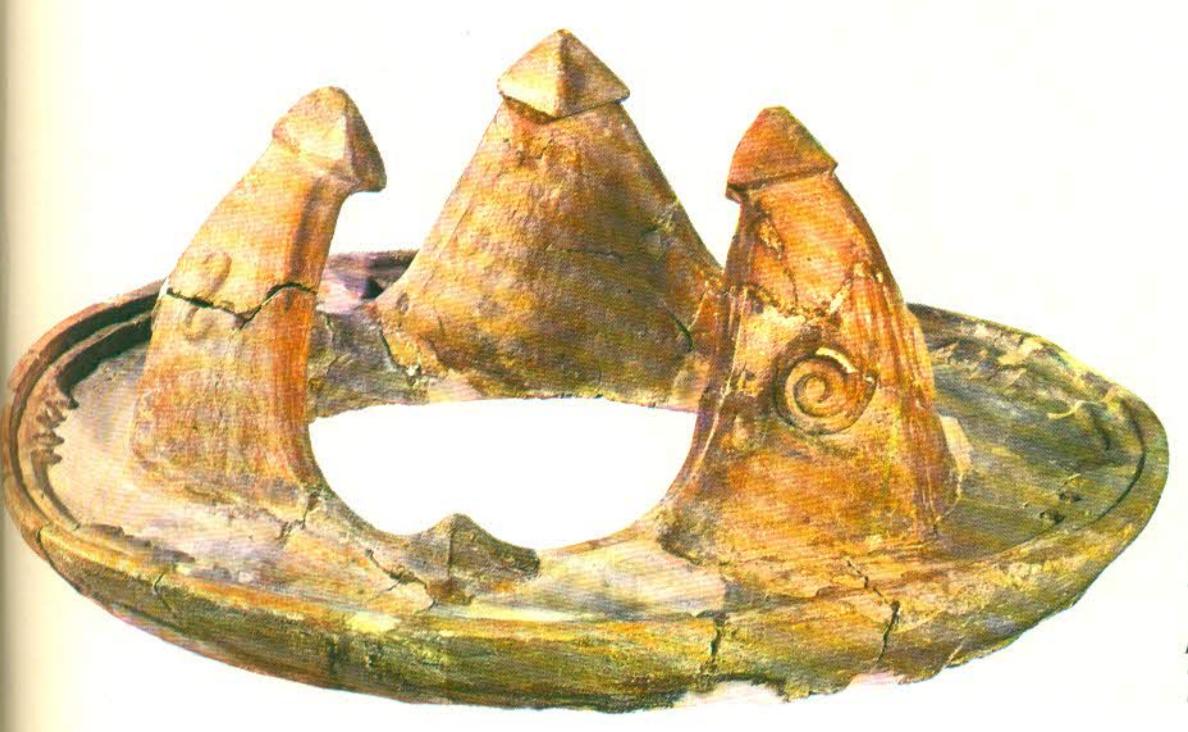
Tarku dem mo rey tierra ciudad

"Tarkudemmo, el rey de la tierra, de la ciudad", extraño título que aparece también en la fraseología de las tabletas hititas de Bogazköy.

Toda la información que proporciona el sello de Tarkudemmo es, pues, el valor de tres signos, que deben leerse: *Tarku, dem* y *mo,* y tres signos más, que ya no sabemos cómo suenan, pero que evidentemente quieren decir rey, tierra y ciudad. Esto era lo único positivo; lo demás, meras conjeturas. Sin embargo, estudiando los textos jeroglíficos se interpretan actualmente en todo o en parte. Una larga inscripción bilingüe que se descubriera podría derribar en un momento todo el castillo de naipes que se ha levantado en veinte años de comparar y analizar las inscripciones de los hititas. Otra de las dificultades que retardan la solución del problema es la escasez de textos. Los jeroglíficos hititas parece que no comenzaron a usarse hasta que ya había empezado la decadencia política de su raza y apenas tuvieron tiempo de evolucionar. Se grabaron, es cierto, hasta en los territorios de los hititas del Norte; están diseminados por toda el Asia Menor, desde Esmirna hasta el Cáuca-



Vasija trípode hitita del siglo XVIII a. de J. C., procedente de las excavaciones de Kultepe (Museo del Petit Palais, París).



Brasero hitita de principios del II milenio a. de J. C., fabricado con tierra cocida y procedente de las excavaciones de Kara (Museo Arqueológico, Ankara).

LOS MONARCAS DEL NUEVO IMPERIO HITITA

1380 Subiluliuma I: creador del nuevo Imperio hitita.

1345 Arnuwanda II: sublevación general de todos los estados vasallos. Mursil II: continuas guerras para la conservación del Imperio frente a los enemigos exteriores e interiores.

1315 Mutawalli: luchas en Occidente contra Karkissa y Lukka, y en el Norte, contra los gascas. Enfrentamiento en Siria con Egipto en la batalla de Kadesh.

1290 Urki-Tesub: crisis interna, siendo despojado del trono por su tío Kattusil.

1282 Kattusil III: aproximación a Egipto, "statu quo" en Siria. Crecimiento del poder asirio.

1250 Tutkaliya IV: el país se prepara para la guerra contra Asiria; aproximación a los cassitas; alianzas con estados sirios. Conquistas en Anatolia occidental: Assuwa.

1220 Arnuwanda III: sublevación contra Katti en la zona armenia. Defección de los territorios de Anatolia occidental.

1205 Subiluliuma II: el territorio dependiente de Katti se reduce al mínimo por la independencia de los territorios sirios. Invasión de los pueblos del mar.

so, pero alcanzaron un tiempo relativamente corto, porque habiendo empezado a usarse hacia el año 1000, no debían serlo después de la toma de Karkemish por Sargón, el año 717 a. de J. C.

He aquí, pues, que en la penumbra de la Historia vemos la silueta de un pueblo fuerte, establecido en una de las regiones más fáciles de defender, que es el Asia Menor; en posesión de las rutas y los vados que más convenían a su comercio; activo, valeroso, emprendedor hasta crearse una escritura casi perfecta para él solo... y, sin embargo, fracasar, sin dejar rastro. ¿Por qué? ¿Cuál debió de ser la causa de su fracaso? Esto es lo que interesa más que nada en la historia de los hititas.

Otro modelo de brasero hitita del siglo XVIII a. de J. C., procedente de Kultepe (Museo del Petit Palais, París).



Ni las tabletas de Hatussa en el Norte ni los jeroglíficos de la región de Karkemish en el Sur nos han proporcionado ningún texto literario hitita comparable con los que hemos recobrado de Summer y Babilonia. Todos los documentos son tratados de paz, cartas reales e inventarios. Con ellos se puede recomponer en parte la historia civil de los hititas, pero no su mentalidad. Abundan solamente preces, conjuros y encantamientos. Así resulta un sarcasmo que el único documento que tiene valor literario sea un tratado sobre la manera de domar potros. El autor es cierto Kikuli, palafrenero de la corte en Hatussa. Describe con precisión meticulosa día por día, hora por hora, las operaciones para domar caballos salvajes. El tratamiento dura seis meses; se empieza por seleccionar los animales con un galope en libertad, después se les hace ayunar y sudar para que pierdan la grasa superflua, se les administran eméticos y, ya reducido su vigor, se les conduce paso a paso a aceptar la brida. Aun sin dar exagerada importancia a este manual de caballerizo, es interesante, porque los hititas hicieron comercio exportando caballos y los troyanos sirvieron de intermediarios para el tráfico de estos animales entre Europa y Asia. Tal servicio explica la riqueza de Troya y el porqué de las guerras troyanas. Algunos nombres troyanos como Alexandros y Paris son hititas.

Indirectamente, por leyendas y tradiciones en las que aparecen hititas mezclados con otras gentes, se manifiestan como un pueblo fuerte. Tenemos una prueba del carácter de los hititas en el episodio de Urías el hitita, uno de los treinta valientes de David. Vamos a transcribirlo tal como está expuesto en el Libro de Samuel: "Y aconteció que, levantándose David de su cama, se paseaba por la terraza de su palacio y desde allí vio a una mujer que se bañaba, y esta mujer

era muy hermosa. – Y David envió a preguntar quién era aquella mujer y le dijeron que era Betsabé, esposa de Urías, el hitita. – Y David envió a ella sus mensajeros, se la trajeron y yació con ella... Después Betsabé volvió a su casa. – Entonces David mandó recado a su general Joab para que le enviara a Urías, el hitita. – Joab envió Urías a David y éste le interrogó acerca del estado de Joab y del ejército y de la guerra. – Y David finalmente dijo: "Ve a tu casa y lávate", y Urías salió, habiendo recibido un presente del rey. Pero no fue a su casa, sino que durmió en la puerta del palacio, con los servidores del rey, su amo. Y al día siguiente se lo contaron a David; le dijeron que Urías no había ido a su casa aquella noche, por lo que David dijo a Urías: –¿No llegas tú de un largo viaje? ¿Por qué no has ido a tu casa a descansar?– A lo que Urías respondió: –El arca de la Alianza está en el campamento, y mi general Joab duerme en una tienda y todos los soldados de mi señor duermen en el suelo, ¡y yo iría a mi casa a yantar, a beber y a dormir con mi hembra! Por tu alma misma te juro que yo no sabría hacer tal cosa..."

Al día siguiente, David trata de emborrachar a Urías para que vaya a dormir con su mujer, y no consiguiéndolo ni aun de este modo, decide desembarazarse del marido de



Jarro hitita de terracota del siglo XVIII a. de J. C., procedente de la localidad de Kultepe (Museo del Petit Palais, París).

Estandarte circular de la segunda mitad del II milenio antes de J. C., hallado en las ruinas de Alaca-Hüyük (Museo Arqueológico, Ankara).

PACES Y ALIANZAS DE LOS HITITAS

La variada actividad diplomática de los reyes hititas ha llegado a nuestro conocimiento por dos cauces principales: la correspondencia que sostuvieron los hititas con los egipcios, hallada en las ruinas de Tell el-Amarna, la capital del reino de Akhenatón, y las copias de los tratados, escritas en tablillas de arcilla, aparecidas en los archivos de Hattusa, la capital de los hititas. Hay una razón que explica la existencia de tantas tablillas y tan detalladas, y es que para que un tratado fuera válido era menester consignarlo por escrito. El original se escribía, ordinariamente, sobre tablillas de plata y a veces de oro, pero éstas han sido objeto, a lo largo de la historia, de la rapiña de quienes sólo advirtieron su valor de metal precioso y no el de documento histórico. Por eso no nos quedan sino las copias en arcilla. De tales documentos, unos están redactados en hitita y otros en acadio, la lengua diplomática del Imperio Nuevo hitita. Es menester considerar por separado tres tipos de tratados de paz o alianzas cuyas cláusulas eran más o menos concesivas, según el poder militar del enemigo.

Con las grandes potencias de poder semejante al suyo, los reyes hititas firmaron pactos de alianza en igualdad de condiciones. Ejemplo de este tipo de pactos fue el firmado por Hattusil III con el faraón Ramsés II de Egipto hacia el año 1270 a. de Jesucristo. En él se denomina al faraón con el título de "Gran Rey", propio de los reyes hititas. El tratado determina la reciprocidad de derechos y deberes entre las dos partes y está redactado en la lengua oficial de cada una de ellas. A diferencia de las paces firmadas con los pueblos derrotados, que se hacen "para" el rey vasallo, esta paz se firma "con" el rey egipcio, fórmula exclusiva que denota por sí sola la igualdad de condiciones. Suele acompañar al tratado un juramento de que las condiciones de paz serán cumplidas y se toma a los dioses de ambos reinos como testigos.

Si alguna de las dos partes viola el tratado, sus dioses le infligirán un castigo o, en el mejor de los casos, su falta quedará impune, pero la enemistad volverá a nacer entre ambos y la guerra será el fruto de su infidelidad.

Con los países que tuvieron que inclinarse ante su superioridad, los hititas firmaron tratados de protectorado. Tal fue, por ejemplo, el firmado por el gran Supiluliuma con el reino mitanni. Algunas cláusulas de este acuerdo tratan al enemigo con benignidad y le ofrecen condiciones equitativas y justas. Otras, en cambio, se recrean en humillarlo y ponen de manifiesto la superioridad del "Gran Rey" de los hititas. Normalmente no se les exige ningún tributo en metálico, pero sí una considerable ayuda en contingentes militares para casos de guerra. Por su parte, el vencido con quien se firma la paz gozará de la protección guerrera del rey hitita, pero verá limitada su iniciativa diplomática con el resto de los países: no podrá declarar guerras ni establecer alianzas con los otros países sin el conocimiento y la aceptación de los hititas.

Por fin, hay una tercera clase de tratados de paz, mejor llamados de vasallaje, que los reyes hititas firmaron con aquellos pueblos a quienes derrotaron por completo, por ejemplo, con el pueblo amurru o con el rey de Nuhase. En estos tratados se imponen al derrotado una serie de deberes muy estrictos. Aunque conserva de derecho la propiedad y administración de sus territorios, está obligado a ayudar al rey hitita en guerra contra enemigos de dentro del país o de fuera. El tratado precisa la cuantía de esta ayuda, tanto en hombres como en material guerrero. El vasallo tiene prohibido por completo cualquier levantamiento o ataque al "Gran Rey". Igualmente, si en el desarrollo de sus relaciones exteriores, tanto políticas como comerciales, ejerce una actividad autónoma al margen del beneplácito de los hititas, quedará expuesto a la aplicación de los castigos que se indican en el tratado. Anualmente se renueva la sumisión del vencido al rey hitita. Esta circunstancia es aprovechada para pagarle el tributo convenido en los casos en que así se hubiera establecido.

Además de obligar a unos severos deberes, el tratado concede al vencido unos derechos, el principal de los cuales es recibir ayuda de los hititas en caso de ser atacado por un tercer ejército. De este modo, y por lo que anteriormente queda dicho, el rey hitita viene a ser el verdadero protagonista y director de las guerras de sus vasallos.

A diferencia de los tratados firmados de igual a igual, estos últimos tipos son impuestos por la voluntad unilateral del rey hitita, que es quien fija las obligaciones del vasallo. Por su parte, el vasallo ha de aceptar activamente el tratado con un escrito y un juramento que prometa su cumplimiento. Si, a pesar de todo, no cumple lo convenido, los dioses puestos por testigos de su juramento lo castigarán y además será objeto de las numerosas sanciones fijadas. Éstas son de todo género, llegando hasta la deportación de los transgresores, pero no se conocen casos de condena de muerte del vasallo. Para que los hititas castiguen tan severamente la infidelidad a los dioses, es preciso que el juramento haya sido hecho, además de a los dioses del vencido, a sus propios dioses, los del panteón hitita, "los mil dioses del país", expresión con la que son nombrados en todos los documentos.

V. G.

Betsabé, escribiendo una carta a Joab que decía así: "Pon a Urías en el lugar más peligroso de la batalla y después retírate para que muera... – Y Urías murió así...".

Hay en la historia de la muerte de Urías una cantidad preciosa de detalles. El palacio del rey, la terraza o jardín suspendido donde pasea el monarca; la antesala donde duermen sus guardias; la carta, que sería una tableta cuneiforme envuelta en un sobre o saco de arcilla, y sobre todo el pobre Urías, que lleva él mismo la carta fatal, muy probablemente sin saber leerla. La crueldad oriental del rey, sacrificando por capricho a uno de los treinta fuertes de su guardia, y la complicidad del general Joab son también asombrosas; pero nada admira tanto como el pundonor y la nobleza de Urías el hitita.

El episodio de la Biblia es tanto más importante por cuanto Urías es el único hitita de quien sabemos algo de su manera de pensar y de sus sentimientos. Las tabletas de Bogazköy son historia, no psicología. En verdad que Urías es un capitán de fortuna, un emigrado o acaso un descendiente de las familias hititas establecidas en Palestina desde tiempo inmemorial y, por tanto, contaminado de semitismo; pero, así y todo, hay en él una noción exacta del deber que parece un anticipo del "imperativo categórico" moderno. Además, Urías da su vida sin reservas; como los guerreros nórdicos de que hemos hablado en otro capítulo, cree que el mejor uso que puede hacer de su vida es venderla cara en el combate. Cuando Joab le hace traición, no retrocede, muere como



Un príncipe mercader sirohitita, una de las pocas esculturas no relacionadas con la guerra o con los dioses que nos han llegado de aquel Imperio guerrero (Museo de Ginebra, Suiza).

un bravo. La fidelidad y devoción de Urías reaparece en los guerreros germánicos. Con las informaciones que procuran los documentos comprendemos que la mera existencia de los hititas explica algunos de los mitos de la prehistoria griega; al fin y al cabo, los hititas eran vecinos de los griegos por el Este; necesariamente debieron de tener algún contacto con ellos los pueblos prehelénicos de que hemos hablado antes y cuya historia se esconde en la mitología griega. Y así es: en la *Odisea* se menciona a Telefo, rey de los heteoi, o hititas del sur de Troya. El caudillo Agamenón, en su marcha a la guerra de Troya, pelea en el camino con estos heteoi, probablemente para evitar que le ataquen luego por la espalda.

La expedición de los argonautas oculta también una campaña de los griegos contra una tribu hitita del Cáucaso. Colcos está en la costa del mar Negro, hasta donde llegaba la influencia de los hititas. La misma personalidad de Medea, princesa de Colcos, que se escapa con los argonautas, refleja, algo helenizada, la figura de una princesa o sacerdotisa hitita, porque lo que conocemos de la religión hitita revela la existencia del culto de una diosa que tenía sus colegios o cofradías de sacerdotisas que peleaban como los hombres; éstas serían las amazonas, y así Medea sería una amazona también. Trasplantada en tierra griega, Medea causa desastres a su marido Jasón y acaba asesinando a sus propios hijos. La sacerdotisa de Colcos



actúa entre los griegos como una personalidad exótica, que les sorprende y asusta con sus brujerías o sortilegios. Los griegos recordaban con leyendas los combates de los atenienses prehelenos con otras bárbaras orientales, llamadas las amazonas; ya puede, pues, figurarse el interés que ha despertado un relieve gigantesco descubierto en Bogazköy en que aparece un guerrero de pechos prominentes, cintura muy ceñida y cabellera que sale por debajo del casco. Si verdaderamente esta figura de Bogazköy fuese un guerrero del sexo femenino, sería el retrato auténtico de una amazona, anterior en varios siglos a las primeras representaciones de amazonas por los griegos. En los documentos de Bogazköy se firma en nombre de la reina madre, como si ésta fuese el supremo jefe del culto nacional.

Además de una divinidad femenina, los hititas tuvieron un dios guerrero, Teshub, dios de la montaña que dispara rayos, análogo al famoso Anu adoptado por los asirios, y otro dios más benévolo parece favorecer los cultivos de la vid y las espigas. Los hititas hubieron de tener una complicación de cultos que por fuerza debía de resultar enervante. En el tratado de Hattusil con Ramsés II se jura la paz en nombre de dieciocho dioses de los hititas. Cerca de Bogazköy hay un santuario, en una cortadura de la montaña, adornado con relieves que figuran procesiones de sacerdotes con la cabeza cubierta con alta tiara; los dioses aparecen de pie, conducidos a lomo de animales sagrados.

Parece como si los hititas hubieran saltado, pues, del animismo prehistórico a los estados místicos de hombres y mujeres enajenados por las prácticas de un rito violento;



Divinidad hitita esculpida en bronce (Museo del Louvre, París).

LA HISTORIA DE LOS HITITAS: TEXTOS DE LOS PERIODOS OSCUROS

Introducción de la escritura cuneiforme y su uso corriente en Siria y Anatolia por comerciantes mesopotámicos durante el segundo milenio, lo que asegura la existencia de fuentes escritas en la península anatólica

La documentación hasta ahora conocida ha sido hallada, un poco por azar, al ritmo de excavaciones arqueológicas o de afortunadas investigaciones. Hay períodos de la historia hitita para los que poseemos gran abundancia de escritos y noticias; para otros, en cambio, apenas se conocen datos documentales.

Períodos conocidos.	Períodos desconocidos.
TEXTOS DE KÜLTEPE (1900-1700)	**INSCRIPCIONES EN HITITA JEROGLIFICO**
Período de las colonias paleoasirias en Capadocia. Escritos económicos y jurídicos. Información sobre la organización comercial, rutas y productos de intercambio.	De distintas épocas, no descifradas completamente.
TEXTOS DE BOGAZKOY (1800-1500)	**ESCRITOS EN LENGUAS ASIATICAS (LICIO, LIDIO, CARIO, FRIGIO)**
Para el período del nuevo Imperio hitita, sobre todo. Escritos jurídicos, religiosos, rituales y literarios. Información general sobre la civilización hitita. También escritos de carácter histórico, anales redactados por escribas, de gran valor por su exactitud; documentos reales –edictos, tratados– con largas introducciones, explicando antecedentes y causas de los hechos tratados, que aportan numerosos datos sobre la evolución política del Imperio hitita.	Noticias dispersas y poco abundantes. Interesantes para la última época de la civilización hitita.
	TEXTOS CLASICOS (HERODOTO, PRINCIPALMENTE)
	Datos legendarios, de carácter folklórico para la última época; reino de Lidia.

ésta sería, en definitiva, la herencia más importante que legaron los hititas a la posteridad. El Asia Menor es todavía el asiento de cultos místicos exaltados, y lo fue mucho más durante la época romana. Todas las grandes locuras religiosas de la antigüedad, si no se manifestaron por primera vez en esta península del Asia Menor y Siria, por lo menos allí fueron aceptadas sin vacilar. Allí se encontraron adeptos para las más extremadas filosofías y para ritos tremendos, que podían conducir al éxtasis. Allí se agitaron los derviches convulsionados y alentaron otras oscuras supervivencias de una humanidad perturbada por un esfuerzo continuado de llegar a lo ultraconsciente. Luciano, que era natural de Samosata, país de hititas, describe las prácticas que todavía en su tiempo se verificaban en el templo de Mabog, cerca de Karkemish. El templo estaba en un gran recinto, como un parque, lleno de animales sagrados: toros, caballos, águilas, leones, los mismos animales que están representados en los relieves hititas. El santuario propiamente dicho se hallaba sobre una alta plataforma y tenía a cada lado unas piedras cónicas de gran altura, símbolo de la fertilidad. Luciano describe dos imágenes, que interpreta como Júpiter y Juno, pero que representan dioses evidentemente orientales. La llamada Juno por Luciano llevaba un cetro en la mano y una tiara, como la de las esculturas de Bogazköy. Además, la diosa de Mabog estaba de pie sobre dos leones, mientras que el dios se apoyaba en dos toros. El carácter hitita del templo de Mabog es evidente. Luciano nos explica también el culto, en que tomaban parte más de trescientos sacerdotes, todos vestidos de blanco; tenían lugar preferente en la comunidad los *gali* o eunucos, que se mutilaban y herían en las grandes festividades de sus dioses.

Imposible seguir a Luciano en su largo relato, pero es evidente que en el santuario que visitó manteníase la supervivencia de un culto hitita que después sería importado a Roma con el nombre de Cibeles o *Magna Mater,* y que algo de sus prácticas y misterios afectó hasta al cristianismo naciente, aunque no fuera más que por tener que combatirlos.

Cabe pensar ahora si la causa de la ruina del pueblo hitita no sería, por ventura, algún extremismo religioso para el que el mundo no estaba preparado. El error de las religiones de Egipto debió de ser la magia; en Babilonia, el pecado fueron las prácticas adivinatorias y los agüeros, pero nada de esto debilitaba el espíritu de modo excesivo. En cambio, el fenómeno místico, que se ve sobrevivir en el Asia Menor después de la destrucción de los hititas, es un peligro terrible cuando se convierte en religión popular. La



Estatuilla en bronce de una divinidad masculina hitita del siglo XVI a. de J. C. (Museo del Petit Palais, París). Procede de la región de Tokat, en Anatolia, en donde se han hallado muchos restos del antiguo Imperio hitita.

EL POBLAMIENTO DE LA PENINSULA ANATOLICA: PROBLEMAS PLANTEADOS

Los textos de Bogazköy, escritos en distintas lenguas, proporcionan algunos datos sobre la antigua población de Anatolia.

LA LENGUA PREHITITA

No tiene relación con la lengua hablada por los hititas ni con los idiomas conocidos de Asia occidental; en el segundo milenio, es decir, en época histórica, era una lengua muerta de uso litúrgico.

POBLACIONES AUTOCTONAS

Las huellas de una lengua precedente a la indoeuropea demuestra un poblamiento anterior a los hititas en Anatolia, de gentes probablemente autóctonas, cuyo hábitat estaría en el centro de la meseta.

LAS LENGUAS ASIATICAS

Muy frecuentes entre los escritos hititas, pertenecen a grupos muy distintos, semitas como el acadio o de orígenes discutidos, hurrita, sumerio.

POBLACIONES ASIATICAS

El uso corriente de las lenguas asiáticas parece indicar la intrusión en la península de elementos extrajerizantes procedentes de Asia, cuya presencia más o menos continuada está documentada: colonias asirias en Capadocia, invasiones hurritas en Kizzuwatna.

LAS LENGUAS INDOEUROPEAS

En Anatolia existían lenguas indoeuropeas derivadas todas de un fondo común, pero diferenciadas a manera de dialectos en época histórica.
Las principales son el hitita, el lubita y el palaíta.
Del hitita hay topónimos en el centro-norte de la península.
El lubita parece haber sido la lengua predominante en Anatolia meridional: Arzawa (SO) y Kizzuwatna (SE).
El palaíta estuvo localizado al noroeste del país.

POBLACIONES ARIAS

¿Cómo se efectuó la penetración indoeuropea?

Las distintas ramas en que se subdividen las lenguas arias sugieren una penetración de tribus independientes, aunque emparentadas entre sí. Los textos confirman estas suposiciones. El elemento ario parece predominante en los textos de Bogazköy, pertenecientes al Imperio Nuevo (h. 1300 antes de J.C.), pero no en los textos de Kültepe (hacia 2000-1900).

¿De dónde procedían los indoeuropeos?

Después de una larga polémica, aún no resuelta, sobre el país de origen de los hititas, los filólogos coinciden en una probable procedencia occidental, ya que las lenguas hititas pertenecen al grupo "centum" de lenguas indoeuropeas, característico de los arios europeos.

Los documentos y escritos hititas que han llegado hasta nosotros no contienen información sobre la primera patria de los habitantes de Anatolia y no parece que éstos conservaran tradiciones sobre su país originario o las incidencias de su peregrinación hasta llegar al Asia Menor.



Jarro de terracota del siglo XIII a. de J. C., procedente de las excavaciones de Bogazköy (Museo del Petit Palais, París).

sociedad romana experimentó el efecto de los cultos de la *Magna Mater* y de Cibeles, así como el de los misterios importados de Siria y Asia Menor. Ya puede colegirse, pues, el desastroso efecto de estos éxtasis colectivos en un pueblo embrutecido por su historia fracasada y gobernado por una casta sacerdotal en que predominaban las mujeres.

Por esto resulta tan interesante el último cuadro de la tragedia de los hititas, que podemos recoger ya de los historiadores griegos. Nos referimos aquí a la leyenda de Creso y de su reino en Lidia, tal como la describe Heródoto. Lidia es la parte más occidental del Asia Menor, la que tocaba ya con las colonias griegas de la costa; este país



Jeroglíficos hititas grabados en una columna de basalto. Se trata de una escritura ideográfica que se usó en el siglo XIII a. de J. C. El origen de algunos signos es fácilmente reconocible.

debía de ser, de tiempo inmemorial, un estado fronterizo de la confederación de los hititas. Su escritura peculiar revela un lenguaje muy parecido al de aquéllos. Sus reyes no eran de raza griega; se les hacía descender de fantásticas genealogías orientales. En una palabra, ni los lidios ni sus monarcas eran griegos, y hoy nos vamos acostumbrando a la idea de ver en ellos una reliquia de los hititas. En las grandes épocas de la confederación hitita, Lidia, a causa de su posición algo alejada del centro, no pudo desempeñar más que un papel secundario, pero esta misma situación la favoreció cuando los hititas hubieron de sufrir el azote de Asiria. A la caída de Nínive ya se comprende que Lidia,

que había conservado sus fuerzas casi intactas, tenía que ser la que recogiese la herencia de los hititas en el Asia Menor, y así ocurre. Creso, el último de los reyes de Lidia, con su capital en Sardes, se apoderó de las vetustas ciudades de los hititas y conquistó las grandes ciudades griegas de la costa, incluso algunas de las islas. Sus riquezas, hasta hoy, continúan siendo proverbiales: nadie parece haber sido nunca más rico que Creso; sus tesoros provenían del botín del Asia Menor y de las ciudades griegas, y además eran ganancia legítima de su comercio. En Sardes iban a reunirse las dos grandes rutas del Asia Menor: la que venía de Karkemish y por las puertas de Cilicia subía al llano hasta Tiana y después doblaba al Oeste para llegar a Sardes, y la que venía de la lejana Persia, bordeando el lago de Van y la Armenia hasta Bogazköy, desde donde transversalmente llegaba también a la ciudad de Sardes.

Creso había alcanzado el apogeo de su fortuna cuando vio aparecer un nuevo poder que iba a disputarle el goce de sus riquezas. Este nuevo factor era Persia, que se preparaba para la conquista del Oriente. Presintiendo un ataque, Creso se trasladó a Bogazköy para conducir la campaña lejos de Sardes. En Bogazköy fue vencido una vez por Ciro, rey de los persas, pero Creso pudo retirarse a Sardes, salvando parte de su ejército. Poco después, Ciro tomó también a Sardes, y al caer Creso prisionero, el rey persa ordenó su ejecución; aquél debía ser quemado en una pira, y ya empezaba a arder la leña que rodeaba su cuerpo cuando la serenidad con que se disponía a morir hubo de impresionar a Ciro, que ordenó le retirasen de la hoguera. Desde aquel momento, Ciro y Creso vivieron como amigos; el rey lidio entretenía a Ciro con sus agudas respuestas. Ciro, hombre de una raza nueva, se sorprendía por el tono del lenguaje del viejo Creso. Heródoto se complace en llenar páginas de su historia con anécdotas de estos dos monarcas, y el lector que quiera conocerlas en detalle hará bien en acudir al relato mismo del padre de la Historia.

Pero además Creso, antes de la guerra y durante ella, se muestra excesivamente supersticioso: no hace nada sin consultar todos los oráculos conocidos. Heródoto consigna respuestas del oráculo de Delfos a consultas que le hacen los embajadores de Creso. Habla, además, de otros oráculos que Creso mandó consultar, sin contar naturalmente los que ya debía de tener en Sardes. Y aunque, como hemos dicho, la adivinación y los agüeros son de origen babilónico, en el afán de Creso por obtener revelaciones de orden sobrenatural hay un síntoma de creyente ecléctico de todas las cosmogonías. Su misma resignación parece la de un hombre seguro de encontrar en la desgracia el consuelo interno de los dones espirituales. Creso, mercader, rico, soldado, místico y filósofo, parece, pues, haber sido el lejano descendiente de los hititas. Creso y Urías son los únicos hititas que podemos ver casi transparentes, en cuerpo y alma. Dos individuos

Bajo relieve hitita del siglo IX a. de J. C. que representa una escena de la caza del león (Museo del Petit Palais, París). Dos nobles, montados en un ligero carro de guerra, se aprestan a disparar de nuevo sobre el león herido.





Estela proveniente de un patio del palacio de Tell-Halaf que representa un genio alado (Museo del Louvre, París). Esta y otras figuras igualmente extrañas del mismo palacio son muestras del arte de los reinos neohititas, posterior, por tanto, al siglo XII a. de J. C.

nada más, y aun descritos por escritores de otras razas, el Urías de la Biblia y el Creso de Heródoto son todo lo que conocemos de un gran pueblo.

Resumiendo: ¿qué fueron los hititas y qué les deben los hombres que viven actualmente? En una palabra, ¿qué aportaron a la civilización? Para empezar, los hititas, pueblo ario, o por lo menos que hablaba un dialecto de la primitiva lengua indo-aria, llegaron muy pronto al Asia Menor, ya con fuerte infiltración de sangre mongólica, y, como los turcos, fundaron allí un imperio agresivo que se impuso hasta las tierras bajas de Siria y Mesopotamia. En el Sur, los conquistadores se mezclaron con las gentes semíticas y lo puramente hitita quedó sumergido bajo una capa de cultura babilónica y fenicia.

A cambio de lo que recibieron en el Sur,

Estela del siglo IX a. de J. C. que representa a Teshub, dios de la tempestad, amenazando con el hacha y el tridente (Museo del Petit Palais, París). La zona lindante de Anatolia con Siria, centro de diversos influjos civilizadores, vio nacer una religión sincretista, de la que es muestra este Baal asimilado por el Teshub hurrita y convertido en divinidad neohitita.

que fueron, sobre todo, mitos concretos y legendarios, los hititas aportaron a las gentes del tipo semítico el resultado de sus experiencias místicas. Capadocia, el primer hogar de la nación hitita en Asia Menor, es un país alto, seco, sin gran interés en el paisaje ni en la vida que puede allí desarrollarse. Buscaron primeramente la gran realidad de la existencia con las conquistas, pero rechazados al solar nacional de Capadocia, encontraron completa satisfacción en la vida interior practicando cultos a dioses fantásticos, imaginados, sin posibilidad de suponer que tuvieran realidad material. Arinna, o sea Atargatis, madre y consorte de su hijo Atis, son entes de razón, aunque para los habitantes de mesetas desoladas eran más accesibles que los Baalims y Astartés semíticos; a éstos, al fin y al cabo, se les oye tronar y producen efectos como la fertilización, los cultivos, el crecimiento, la lluvia, el viento y hasta el éxito en las campañas. Teshub, el dios nacional hitita prehistórico, era de este tipo, un dios de combate que atiende a sus criaturas como un Baal semítico, pero Arinna, la Mater, la Cibeles, la Atargatis, que con estos nombres fue conocida por griegos, romanos y sirios, no es invocada para ningún servicio material: es una divinidad que se reconoce en el fondo del alma y por ella el devoto se tortura, se castra, se hiere y se hunde en el silencio de una eternidad individual. La Magna Mater, a lo sumo, puede confundirse con la tierra, y por esto cabalga un león; Atis, su hijo, se confunde con el sol, y por esto se renueva cada año eternamente joven y cabalga el toro. En Atis se reconoce el Agni hindú, dios del sol y del fuego de los primitivos arios. Pero junto a estas divinidades aparecen otras en grandísimo número, pues el pueblo hitita adopta todos los dioses de los pueblos con quienes establece contacto, los acepta a todos, y así se mezclan en su panteón dioses locales de la región de Anatolia, dioses arios, dioses babilónicos... No sabemos si esta mística hitita puede considerarse como una contribución a la historia de la humanidad, pero los fenómenos místicos son tan abundantes en todas las razas, que es justo recordar el valor que tuvieron para los hititas, pues todo parece indicar que hicieron de ellos una experiencia capital.

Hemos mencionado ya en un capítulo anterior que los hititas fueron los primeros en producir hierro en abundancia y generalizaron su empleo. Esta industria y el arte de domesticar potros les dan derecho a nuestro reconocimiento. Antes de su apogeo, el único animal de carga y de cabalgadura de los hititas es el asno. Con él se movieron los patriarcas y con él están representados en los relieves de Caldea. Pero a mediados del II milenio a. de J. C., los faraones tenían ya escuadrones de caballería y los asirios empleaban sin reserva carros de guerra tirados por caballos y mulos. Para los europeos, el caballo llegó más tarde. Los griegos delante de Troya emplean troncos de corceles, presente de los dioses.

León del siglo IX a. de J. C. procedente de la ciudad de Marash, en donde era la piedra angular de uno de sus palacios (Museo del Petit Palais, París). Su cuerpo está cubierto de inscripciones en jeroglíficos hititas.



¿Qué podemos decir de la contribución de los hititas a la vida organizada socialmente? En Bogazköy se encontraron más de cien tabletas que forman un código civil. Se cree que fueron redactadas hacia el año 1500 antes de J. C. Hay sólo dos categorías: la de los hombres libres o señores con patrimonio y la de los esclavos. La clase intermedia de los burgueses comerciantes que encontramos en el Código de Hammurabi no existe entre los hititas. En el casamiento de los señores, el marido entrega una dote a la esposa, que queda depositada en la casa de los padres y se devuelve cuando hay divorcio. Si el marido muere, su hermano debe casarse con la viuda, como entre los israelitas. Hay reglas para la transmisión de la propiedad, que

PODER MONARQUICO Y ORGANIZACION DEL ESTADO EN EL NUEVO IMPERIO HITITA

A finales del Imperio Antiguo y en el período intermedio de crisis, Katti está sometido a la influencia asiática.

Las instituciones hititas, principalmente la monarquía, parecen haber sufrido bajo este influjo una notable transformación que las aproxima a las orientales.

El rey del Imperio Nuevo se rodea de un ceremonial y una corte más complicados y fastuosos; a su muerte es proclamado dios y adorado como tal por sus súbditos.

Títulos significativos se añaden a los que el monarca ostentaba en el Antiguo Imperio.

MI SOL

Título idéntico al de "hijo de Ra", que llevan los faraones.

HEROE Y BIENAMADO DEL SOL DE ARINNA

Título semejante al de los reyes babilónicos y que señala la creencia en que el dios nacional infunde especiales virtudes al soberano para vencer a sus enemigos.

GRAN REY

Título usado en el Imperio Antiguo.

Organización interna del estado.

Organización del Imperio.

La falta de documentación impide seguir la evolución social y política de la civilización hitita. No obstante, pueden afirmarse los progresos del centralismo en el interior de Asia Menor: los "reyes vasallos" habrían sido sustituidos por gobernadores, nombrados y destituidos por el rey sin ninguna limitación. Una amplia jerarquía de funcionarios reales aseguraría la administración y rendimiento del patrimonio del estado.

Los monarcas hititas no fueron partidarios de extender esta política centralista y absolutista a los territorios conquistados; en general, se prefirió dar al Imperio la forma de una federación en la que cada miembro —"aliado", "vasallo", "protegido"— tenía una categoría fijada en un acuerdo bilateral con el soberano hitita. Las obligaciones pactadas consisten en servicios de carácter feudal, lealtad al soberano, ayuda militar en caso de guerra, denuncia y apoyo contra los vasallos traidores, política exterior sometida a las directrices hititas, etc. El soberano hitita se comprometía, a su vez, a defender a su vasallo de sus enemigos y a garantizar el trono a sus sucesores. En algunos casos, los estados sometidos debían enviar a Katti un tributo anual.

La competencia de los monarcas hititas aparece en este período calcada sobre la de los soberanos mesopotámicos o del faraón egipcio.

Las funciones del monarca se concretan. Función religiosa: el rey aparece como sumo sacerdote; ciertas ceremonias del culto sólo pueden ser oficiadas por él. Función militar: preparación y dirección de la guerra están reservadas al rey. Función judicial: por encima de los tribunales señoriales o de los Consejos de Ancianos locales, todos los súbditos pueden apelar a la justicia del rey.

EL CODIGO HITITA

Se denomina con el nombre de Código Hitita un conjunto de artículos jurídicos escritos en lengua hitita y grabados en caracteres cuneiformes sobre dos tablillas de arcilla de las innumerables que aparecieron durante las excavaciones de la antigua Hattusa. Por desgracia, no se trata de dos tablillas enteras, sino fragmentadas, que ha habido que completar con diversos trozos. De aquí que las conclusiones a que han llegado los intérpretes y compiladores del Código no sean del todo acordes. Los artículos de la primera tablilla, que los estudiosos han numerado arbitrariamente del 1 al 100, contienen disposiciones de derecho civil. Los de la segunda, numerados igualmente del 101 al 200, hacen referencia, sobre todo, al derecho penal. Este Código elemental fue dado a conocer al público en 1921, algunos años después de haber sido descubierto. La opinión más extendida entre los especialistas es que fue compilado hacia el siglo XIV a. de J. C., probablemente durante el reinado de Supiluliuma. El Código, que no abarca un índice completo de materias jurídicas, carece de sistematización, pero está guiado por la intuición práctica y el sentido común.

Los cien primeros artículos nos dan a conocer directamente, o nos permiten adivinar por lógica, la constitución de la sociedad y de la familia.

La sociedad hitita estaba formada por tres clases sociales: la nobleza, la clase media y los esclavos. Eran nobles un determinado número de señores, que sostenían el ejército real con grandes contingentes de carros de guerra y de caballería, cuyo mantenimiento corría de su cuenta. En pago a estos importantes servicios, el rey les daba derecho a apropiarse de una parte del botín después de cada batalla.

La clase media estaba formada, además del grupo de los artesanos y comerciantes, por los guerreros. Su misión consistía en integrar el ejército real, de capital importancia en un estado que, como el hitita, tenía la guerra ofensiva y defensiva como primera actividad. En compensación a su labor, recibían gratuitamente unas tierras de propiedad estatal que podían explotar según su interés, pagando una módica renta.

Los esclavos, provenientes en su mayoría de las campañas guerreras, hasta tal punto eran propiedad jurídica de su dueño que en ocasiones era éste el responsable ante la ley de los delitos de aquéllos. Pero, por otra parte, la vida y la integridad personal del esclavo estaban protegidas por el Código. Matarle constituía un delito similar en todo a matar a un hombre libre, salvo en la sanción que se infligía al asesino, que era más pequeña. El esclavo podía contraer matrimonio, bien con persona esclava, bien con una libre. A los pocos años del matrimonio, la mujer adquiría la condición del marido, tanto en mejora como en empeoramiento para ella. Si llegaba el caso de que un matrimonio formado por esclavo y libre se disolviera, los hijos quedaban al lado del cónyuge de procedencia libre, menos uno, que permanecía con aquel de los dos que antes había sido esclavo y que volvía a serlo tras la separación. Las penas pecuniarias con que a veces castiga el Código los delitos del esclavo ponen de manifiesto que éste tenía cierto grado de capacidad patrimonial. Estaba sometido en todo a su dueño y su rebelión era castigada con la muerte. Los delitos menores que cometía tenían una pena inferior a la que hubieran tenido cometidos por un hombre libre, pero a veces la pena iba acompañada de un grave castigo: la mutilación del miembro delictivo.

La legislación civil sobre la familia no es completa, pues normaliza casi exclusivamente los matrimonios. ¿Fueron polígamos o monógamos los hititas? El Código nada afirma al respecto. Sólo se sabe que el rey tenía, además de la esposa legítima y oficial, una segunda esposa, cuyos hijos podían heredar la realeza si no había descendencia del matrimonio oficial, y un harén. Pero de esto nada se puede deducir, ya que pudiera tratarse de un privilegio de la familia real.

Las dos maneras más frecuentes de celebrarse el matrimonio eran el rapto y la compra. Si una mujer no obligada con lazos matrimoniales era raptada por un hombre también libre de obligación, quedaba roto el compromiso de ella con cualquier otro pretendiente. El raptor sólo estaba obligado a devolver al antiguo prometido los regalos que éste hubiera hecho a la mujer, tras lo cual se consideraba su esposo. Los padres de la novia no estaban obligados a devolver nada a su ex futuro yerno. No queda claro en el Código si el simple hecho del rapto constituía por sí solo la consumación matrimonial. Parece que no siempre era así, pues a veces el Código emplea palabras duras para designar al raptor.

Otra manera de realizar el matrimonio ha sido llamada impropiamente compra porque el novio hacía entrega de una dote en el acto de acordar el matrimonio con los futuros suegros. ¿A quién se entregaba esta dote? Si, como parece más seguro, la dote se daba a la novia, no se puede hablar en este caso de una compra, sino del primero de los regalos. Por eso hemos dicho que esta clase de matrimonios ha sido calificada con una palabra impropia. El hecho de que los padres de la novia estuvieran obligados a dar al prometido el doble de la dote si, después de la formalización de las relaciones, se oponían a la boda de su hija, no puede interpretarse como una devolución aumentada de la que habían recibido, sino como una indemnización por el mal que habían hecho al prometido de su hija impidiendo el matrimonio.

Sobre el adulterio de los cónyuges, el Código falla parcialmente. La infidelidad del marido es ignorada por la ley. En cambio, la de la esposa es sancionada con crueldad. Si el marido sorprende a su mujer en flagrante delito con un amante, puede matarlos a los dos en el acto. Si no lo hace, habrá de esperar que el tribunal legal dicte sentencia. Puede también perdonar a su mujer, pero en este caso el amante no podrá ser castigado con la muerte.

Por fin, el matrimonio sólo se puede disolver por muerte de un cónyuge o por el consentimiento de ambos.

La segunda tablilla del Código Hitita trata casi por completo del derecho penal. El espíritu que lo anima es la individualización de la pena. Cada persona singular es responsable de sus actos y de ellos debe rendir cuenta. Sólo en algunos casos la responsabilidad recae sobre toda la familia o sobre un pueblo o ciudad. Dos son los fines principales de la pena: castigar la falta y remediar el daño que ha causado. Esto último se logra, a veces, con una indemnización pecuniaria que sustituye a las penas corporales o a la misma muerte. La pena suprema sólo se puede decretar como castigo a ciertos delitos sexuales y a la rebelión contra el rey. Con todo, ni aun entonces se permite acompañarla de suplicios crueles como la lapidación o las quemaduras.

Digamos, por fin, que en comparación con el Código de Hammurabi, más perfecto y completo, el Hitita tiene un régimen represivo más humanizado. Aunque la fuerza de su Imperio estaba basada en el ejército y la guerra, sus leyes no tenían la crueldad de las de otros pueblos orientales.

V. G.

debe hacerse con el concurso de un sacerdote-notario. Se recompensa la restitución de un esclavo fugitivo.

Hay tarifas hititas para fijar los precios, y la proporción es ésta: si un mulo vale una mina, un caballo para carro bien domado, veinte minas; un buey, quince; un campo de labranza, veinte veces lo que una tierra con viña plantada. Se fijan los salarios de los obreros técnicos como doble del de los esclavos. Por la muerte de un hombre libre, el criminal debe pagar con cuatro hombres; por la de un esclavo, sólo con dos. Pero únicamente en ocho casos se condena con

disfrazados; los veteranos van cubiertos con pieles de animales y ocultan la cara tras una máscara que impide reconocer al danzante. Otros, simplemente disfrazados, jalean a los que danzan. No hay en estos relieves hititas de la frontera de Siria ninguna representación de crueldad ejercida sobre los vencidos. Hay algo idílico en las escenas del palacio real de Karkemish. Y así vemos en ellas que el rey habla apoyado en su visir para asegurarse de que no se extralimitará y la nodriza lleva al más pequeño infante en brazos y atado con una cuerda un cervatillo domesticado. ¡Qué sencilla y cálida humanidad la de los relieves hititas!



Estela hitita con inscripciones tardías y representación de un culto ajeno a la religión hitita: una princesa real bebiendo y comiendo las ofrendas del altar (Museo del Louvre, París).

pena capital; por lo regular, basta cortar la nariz o las orejas. Se mencionan circunstancias agravantes: por ejemplo, un crimen en despoblado es más grave, porque los gritos de la víctima no podrían ser oídos por los que podían ayudarla.

Como se puede apreciar por el código de Bogazköy, los hititas no estaban absortos ni alucinados completamente por su misticismo. Algo parecido ocurrió en España en el transcurso del siglo XVI, cuando la corriente mística fue predominante en Castilla y se pudieron redactar al mismo tiempo *Las Moradas* de santa Teresa y las leyes de Indias.

Es de creer que los hititas tenían danzas y música religiosas, como sus vecinos los asirios. Los relieves de Karkemish representan, más que estados místicos, bailes de guerreros



Escriba de Marash representado en una tablilla del siglo VIII a. de J. C. (Museo del Louvre, París). De pie sobre las rodillas de su madre o nodriza, el joven escriba tiene a su alcance todo el material de su oficio y en su mano izquierda muestra un halcón domesticado.

BIBLIOGRAFIA

Bahadir Alkim, U.	*Anatolie I. Des origines à la fin du II millénaire av. J. C.,* Ginebra, 1968.
Cavaignac, E.	*Les hittites,* París, 1950. – *Subbiluliuma et son temps,* París, 1932.
Ceram, C. W.	*El misterio de los hititas,* Barcelona, 1962.
Contenau, J.	*La civilisation des hittites et des mitaniens,* París, 1934.
Delaporte, L.	*Los hititas,* México, 1957.
Furlani, G.	*La religione degli hittiti,* Bolonia, 1936.
Garstang, J., y Gurney, O. R.	*The geography of the hittite empire,* Londres, 1959.
Goetze, A.	*Kulturgeschichte des Alten Orients,* Munich, 1957.
Gurney, O. R.	*The hittites,* Londres, 1966.
Hardy, R. S.	*The old hittite kingdom,* Londres, 1941.
Hrozny, B.	*Code hittite provenant de l'Asie Mineure,* París, 1942.
Imparati, F.	*Le leggi hittite,* Roma, 1964.
Laroche, E.	*Les noms des hittites,* París, 1966.
Metzger, H.	*Anatolie II. Debut du I millénaire av. J. C. – Fin de l'époque romaine,* Ginebra, 1969.
Pottier, E.	*L'art hittite,* París, 1926-1931.
Riemschneider, M.	*Le monde des hittites,* París, 1954.
Vieyra, M.	*Hittite art 2300-750 b. C.,* Londres, 1955.
Weber, O.	*L'art hittite,* París, 1923.



Estela sirohitita, de características similares a la anterior, procedente de la región de Alepo (Museo del Louvre, París).